



PARA NO DEJAR CAER EL ALMA

Por Baltasar González Camilo

Miró la ventana. Sintió el agua que resbalaba por el cristal. Crispó las manos y se apretó el pecho como si le doliera. Las lágrimas corrían por su cara. Sintió una profunda tristeza. Parecía un ayer muy lejano cuando quiso iniciar sus estudios, y encontrar el amor. Cuando llegó a la ciudad, su cuerpo joven estaba lleno de bríos; y su espíritu, lleno de esperanzas.

Rompió con sus padres por creer en un futuro mejor, y salió del campo, de su aplastante miseria. Y dejó a Juan que pretendía sus jóvenes carnes, pero que no entendía sus ideas.

La guagua la trajo a Los Mina, a una casa que no podía ser más triste. La señora la ubicó en un cuarto del patio. El polvo, la oscuridad, la estrechez y las sábanas rotas y sucias le produjeron escalofríos. Se sintió desprotegida.

Esta es tu cama –le dijo la señora. Tu trabajo es cocinar y atender a Manuel, mi marido.

Se pasó las manos por la frente y pensó en su campo. Vio el verdor de los árboles y vio pasar como silueta la cara de sus hermanos. Cerró los ojos. Debía ser fuerte.

Su cuerpo lozano, sus pechos erguidos y su cara desafiante, contrastaban con sus pobres ropas. La tersura de su piel y el brillo de su pelo, no iban a tono con la maleta humilde y el deterioro de sus zapatos. Por su porte altivo, los caminos se abrirían a su paso.

Había oído hablar de la ciudad y de los hombres malos.

–Oye, pásame esa toalla –le dijo don Manuel, sentado en la cama- Patricia sintió la mirada del hombre resbalar por su cuerpo. Creyó que le pedía con gestos que se acercara.

–Mire, Señor, –le entregó lo pedido mirándolo de frente.

El señor de la casa retuvo la mano y se la acarició. Su fuerza interior se tambaleó. Sintió pánico. En la noche, sentada en el suelo permaneció mucho tiempo con la cabeza escondida entre las piernas. Parecía que la sostuvieran para no dejar caer el alma.

Recogió sus bultos y se fue. Buscó trabajo a dos cuadras. La dueña del nuevo hogar después de escrutarla con la mirada, la aceptó.

–Este es Pablo, mi hijo –le dijo.

El joven, sentado en el sillón de la sala, no movió un músculo. La miró con dulzura, parecía un ser solitario. En ese momento Patricia pensó que los hombres de la ciudad podrían ser buenos. Ambos se miraron y se produjo la magia.

Esa noche lloró. Y en el cuarto contiguo sintió una música que le

llegaba al alma. Miró al techo y, entre las grietas y el sucio abanico que pendía, su mirada se perdió. Sus ojos se movían recorriendo el cuarto. Lloró con desconsuelo y sintió que la pared del frente no existía. La lluvia sonó con más fuerza. Y la puerta se abrió.

-Te necesito -dijo Pablo.

-Y yo a ti -respondió.

Los relámpagos, los latidos del corazón y los brazos de dos almas se encontraron. En la miserable alcoba pareció flotar una nube de esperanza. Hubo luces. El amor floreció.

Sólo ese día pudo dormir Patricia, al amparo de alguien que la amara.

-¡Abran la puerta!

El sonido del puño y la voz retumbaron en el barrio entero. La madre de pablo con evidentes muestras de rabia repetía una y otra vez.

-¡Abran la puerta!

Los encontró abrazados y con gestos de rabio la echó de la casa.

La fuerza del amor de Pablo no fue lo suficiente para retenerla. La dejó partir.

Después, vendió su cuerpo, alquiló su espíritu, rompió en mil pedazos su esperanza y no llegó a pisar las puertas de ningún lugar de estudios.

Logró, con artimaña, salir del país. Estrujó su vida y arrastró el recuerdo del amor fugaz y de la soledad. Logró sobrevivir recordando a Pablo y al hijo que quiso y no tuvo. Se cansó de luchar. Languideció buscando caminos. Tocó muchas puertas. Quiso pedir limosnas, pero su maltrecha dignidad la despertó.

Apretó los puños. Encogió los hombros. En contraste con la mirada triste, quiso hacer un mohín de suficiencia. La nieve había llenado su espíritu. Los pasos de su alma ya estaban cansados.

Por las calles de Manhattan, Patricia ensaya una sonrisa. La muchedumbre la ve pasar con una mirada perdida, con expresión de amargura. Da vueltas, como tratando de recoger sus años. Piensa en su campo, su familia, sus amores; y se fusionan en su alma, con las caras inexpresivas de la gente, la fábrica y los rascacielos de la gran urbe.

Va al trabajo y las paradas del tren subterráneo se suceden una tras otra.

-Qué te pasa?- pregunta una señora que lee un libro sin pasar la vista en él. -Soy María

-Nada, señora, no me pasa nada -responde- Como si su alma hubiese sido descubierta de repente. Su débil corazón, otrora fuerte, palpita, se estruja.

-Conozco esa mirada -dice la señora-. Yo fui como tú y se que nadie repara en el silencio.

-Prepárate -le dice la mujer-. Mañana aquí estaré, en este lugar y en el mismo tren de madrugada. A ti te falta mucho camino y yo conozco todos los senderos. Aquí te espero.

Un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas le impedían mirar el rostro desdibujado de María.

Para Patricia, a pesar de las luces de neón, la noche estaba en tinieblas y las escasas estrellas parecían puntos débiles incapaces de encender su alma triste.

Gozáles Camilo, Baltasar

Magister en Administración Educativa de la Universidad del Valle, en Cali, Colombia. Licenciado en Sociología (Magna Cum Laude) Presidió la Junta de Directores de la Asociación Dominicana de Planificación Familiar (ADOPLAFAM) y de la Junta de Directores de la Oficina de Desarrollo Turístico Estudiantil (ODTE). En UNAPEC, fue Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias durante el período 1984-1988. A partir del 1988 hasta la fecha, se desempeña como Vicerrector Académico. Es autor de las letras del Himno UNAPEC.